

los habitantes de la ya Parroquia y Villa de Luján eligieron a Nuestra Señora por su celestial Reina y Patrona.

Mas el personaje que debía darle tanto al Santuario como a la Virgen de Luján su forma actual, fue el Padre Jorge María Salvaire. Era este digno sacerdote un Padre Lazarista, congregación a la que el Arzobispo de Buenos Aires había entregado en 1872 la custodia del templo de Nuestra Señora.

En 1873 este Padre había sido enviado a predicar el Evangelio a los indios salvajes, para lo cual se internó en la pampa, hacia los toldos de Namuncurá, donde ya había aborígenes que tenían devoción a la Virgen gaucha. Bien recibido al principio, recorrió las principales tolderías de las Salinas Grandes. Pero luego estalló entre aquellos indios la viruela, y culpando los indios al Padre Salvaire de haber traído el virus, lo condenaron a morir alanceado a fines de 1875. Maniatado y maltratado, recurrió el Padre a la Virgen de Luján, a la cual prometió: «Publicaré tus milagros... engrandeceré tu iglesia». Cuando creía estar a punto de ser ejecutado, apareció Bernardo, el hermano del cacique Namuncurá, que, reconociendo al Padre, echó sobre él su poncho en señal de protección, y le concedió la libertad.

En cumplimiento de su promesa, el Padre Salvaire se dedicó el resto de su vida a divulgar el culto a la Virgen de Luján. En 1885 publicó la «Historia de Nuestra Señora de Luján». En 1886 presentó a León XIII la petición del Episcopado y fieles del Río de la Plata para la Coronación de la Virgen; el Papa bendijo la corona destinada a la Coronación, y otorgó Oficio y Misa propios a la festividad de la Virgen, que quedó establecida para el sábado anterior al IV Domingo después de Pascua (actualmente el 8 de mayo). La Coronación tuvo lugar en mayo de 1887. Y en 1889, nombrado ya cura párroco de Luján, el Padre Salvaire iniciaba la edificación de la actual Basílica de Nuestra Señora, a la que daba forma de gótico ojival y «alanceado», en recuerdo de la muerte de que lo había librado la Santísima Virgen.

6º La Imagen de la Virgen de Luján.

La imagen de la Virgen es pequeña (38 centímetros), está modelada en arcilla cocida (terracota), de color moreno. Los pies de la santa Imagen se apoyan sobre nubes, de las cuales surge una media luna y cuatro cabezas de querubines, con sus alas desplegadas. Está vestida de túnica blanca y manto azul celeste. Tiene las manos juntas en el pecho. El Padre Salvaire hizo recubrir la santa Imagen con una coraza de plata para impedir su deterioro.

En 1887, el Padre colocó la Imagen sobre una base de bronce, le adosó la rayera gótica con la inscripción: «Es la Virgen de Luján la primera Fundadora de esta Villa», y una aureola de doce estrellas. Ornamentada en esta forma, fue coronada con la corona Imperial bendecida por León XIII.

Historia de la Imagen de la Inmaculada Virgen de Luján

En el mes de mayo de 1630, bajo el reinado de Felipe IV, en que portugueses y castellanos comerciaban entre sí como vasallos de un mismo soberano, Antonio Farías Súa, portugués vecino de la ciudad de Córdoba del Tucumán, y hacendado en el pago de Sumampa, por no carecer de misa en los días festivos en su hacienda, hizo en ella una capilla, que quiso dedicar a la Virgen Santísima. Con este designio escribió a otro paisano le mandase del Brasil una imagen de Nuestra Señora en el misterio de su Inmaculada Concepción, para colocarla en dicha capilla, que ya estaba construyendo.

1º El milagro de la Imagen de la Virgen de Luján.

En virtud de este encargo le remitieron desde el Brasil, no una sola, sino dos imágenes de la Concepción, para que escogiera la que mejor le pareciese. Siendo de barro cocido, vinieron bien acondicionadas, cada una en su cajón aparte, para que no sufriesen quiebra alguna. El encargado de llevar estos cajones, que era portugués y capitán de navío, después de llegar al Puerto de Buenos Aires, los acomodó en un mismo carretón, y los condujo personalmente hasta la estancia de Rosendo Oramas, a cinco leguas más allá de lo que es ahora la Villa de Luján, y allí paró e hizo noche.

Al día siguiente por la mañana trató de proseguir su viaje hacia Córdoba y Sumampa, pero sucedió que los bueyes, uncidos al carretón, por más que tiraban, no podían moverlo ni un paso. Los circunstantes, admirados de la novedad, le preguntaron qué carga traía. Respondió que la misma de los días antecedentes, en que habían andado sin la menor dificultad, por no ser muy pesada, y añadió: «Vienen aquí también dos cajones con dos imágenes de la Virgen, que traigo recomendados para la capilla nueva de Sumampa». Ante tan extraña novedad, uno de los carreteros, quizá no sin inspiración divina, dijo: «Señor, saquen del carretón uno de estos dos cajones y observemos si camina». Así se hizo, pero en vano. «Truéquense, pues, los cajones –replicó el mismo–, veamos si hay en esto algún misterio». Al sacar el cajón que había quedado, y cargarse el que habían sacado, tiraron los bueyes sin más estímulo, y se movió sin más dificultad el carretón.

Entendieron todos que la divina Providencia disponía que la imagen de la Virgen encerrada en ese cajón se quedase en aquel paraje, y siguiese la

otra a su destino. Se abrió el cajón y se halló en él una estatuilla de la Purísima Concepción, de media vara de alto, con las manos juntas ante el pecho, y el ropaje labrado del mismo material que la imagen. Al punto la veneraron todos, y al divulgarse rápidamente el portento acaecido, empezaron los fieles a venerar a la Virgen Santísima en aquella su santa Imagen, y Ella correspondió manifestándose con repetidos prodigios y maravillas.

2º Primera capilla de Nuestra Señora de Luján.

En el lugar mismo del milagro, a corta distancia de la casa de don Rosendo, se levantó enseguida una pequeña capilla, en la que permanecería la Virgencita desde 1630 hasta 1674; y a fin de cuidarse del culto de la santa Imagen, se destinó a un negrito de poco más de ocho años, llamado Manuel, natural de Angola, de rara candidez y simplicidad, que había venido del Brasil con su amo, el mismo conductor de las sagradas Imágenes.

Cuenta la tradición que este negrito, fiel al encargo que se le diera, se aplicaba con tanta solicitud al culto de la Imagen, que se cuidaba de su limpieza y aseo, y nunca la dejaba sin luz; relataba a los peregrinos los viajes de la santa Virgen, que salía de noche para dar consuelo a los afligidos; y con el sebo de las velas que ardían en su presencia, y los abrojos prendidos en el vestido de la Virgen en sus traslados, realizaba prodigiosas curaciones en varios enfermos que concurrían a la capilla. Su amo, antes de morir, le dijo que era de la Virgen: Ella sería su única Ama a partir de entonces.

3º La santa Imagen es llevada a casa de Ana Matos.

Como eran tan continuos los prodigios que ante esta santa Imagen se realizaban, era también incesante el concurso de gente que venía de lejos en romerías a visitarla; pero, por no haber en aquel paraje casa ni rancho donde poder hospedarse, padecían los peregrinos algún desconsuelo. Deseosa de remediar esta necesidad, y ansiosa de acrecentar el culto a la Purísima Madre, cierta señora, llamada Ana Matos, pidió en el año 1674 al heredero de don Rosendo, el maestro Juan Oramas, cura párroco de la Iglesia Catedral de Buenos Aires, que le concediese dicha Imagen, asegurándole que la cuidaría y le haría capilla en su estancia, que estaba más cerca de Buenos Aires.

Así se lo concedió el maestro Oramas, persuadido como estaba de que los concurrentes a la Capilla robaban el ganado de su estancia. La Imagen, pues, fue llevada a casa de esta dama, quien la colocó en un cuarto decente, con la intención de edificarle en breve una capilla pública; pero al siguiente día advirtió, no sin susto, que la Imagen había desaparecido; y después de hacerla buscar, la halló en su antigua capilla de Rosendo Oramas. Segunda vez volvió a llevarla a su casa, y segunda vez volvió a desaparecer la Imagen para regresar a su primera capilla sin recurso alguno humano.

Desconsolada doña Ana con tan extraña novedad, ya no se atrevió a llevarla por tercera vez, temiendo que la Virgen castigase su porfía; pero, mo-

vida de luz superior, resolvió dar parte a las autoridades eclesiásticas y civiles de Buenos Aires. Como ya entonces era famosa en esta ciudad la imagen de la Virgen de Luján, por los repetidos milagros que contaban los que la invocaban en sus aflicciones, dieron fácil crédito a doña Ana. Por eso, después de viajar al lugar y examinar lo sucedido, la autoridad eclesiástica permitió el traslado de la Virgen a la hacienda de doña Ana Matos, para que en ella los vecinos de Buenos Aires pudiesen hacer sus romerías con menos incomodidad, y autorizó oficialmente el culto público a la «Pura y Limpia Concepción del Río Luján». La santa Imagen, llevada en devota peregrinación y en compañía del negrito Manuel, no volvió ya a su antigua capilla.

4º Se edifica a la Virgen una nueva capilla.

Algún tiempo estuvo la imagen de la Virgen colocada en un aposento que servía de oratorio en la casa y vivienda de la dicha doña Ana; pero después, queriendo edificarle una capilla para su mayor culto y decencia, donó a la Virgen una cuadra de tierra perteneciente al territorio de su misma estancia, y que es el lugar en que actualmente se encuentra la hermosa Basílica de Luján. La construcción de la nueva capilla se empezó en el año 1677.

Corrió la obra con alguna lentitud, hasta que Dios quiso adelantarla con el siguiente milagro. En el año 1684 el presbítero don Pedro de Montalbo estaba muy enfermo y desahuciado, por lo que se resolvió visitar a Nuestra Señora de Luján para pedirle que le curara o le permitiera al menos morir en su compañía. Durante el viaje empeoró de tal manera, que fue llevado a la capilla casi moribundo. El negro Manuel, viéndolo en tal estado, dijo a don Pedro que tuviese confianza de sanar perfectamente de su enfermedad, porque su Ama –así llamaba Manuel a la Virgen– le quería para que fuese su primer capellán. Acto seguido, le ungió el pecho con el sebo de la lámpara que ardía en el altar, y le dio de beber una infusión con los abrojos que solía desprender del vestido de la Virgen. Con sólo estos remedios, quedó don Pedro libre de sus ahogos y enteramente sano.

Agradecido por el beneficio de su milagrosa curación, el Padre Montalbo promovió con esfuerzo la devoción a la santa Imagen, celebrando anualmente y con toda solemnidad la fiesta de la Inmaculada Concepción el día 8 de diciembre; y con los repetidos elogios que se oían decir de la Imagen, la devoción a la Virgen de Luján tomó tanto vuelo, que no sólo los vecinos de Buenos Aires, sino también los de las provincias muy remotas, venían en romería a buscar en este Santuario el remedio de sus males.

5º Un nuevo templo para la Virgen de Luján.

Con todo, la capilla edificada por doña Ana Matos no debía ser el Santuario definitivo de la Virgencita. Por los años de 1750 había crecido de tal modo la localidad de Luján, que se hacía necesario ampliar el templo en que se honraba la sagrada Imagen. Las obras de construcción se iniciaron en 1754 para concluir en 1763. Con ocasión de la dedicación del templo,